

Recordar, compartir, aprender

Santander

Ricardo Guerra Fernández, 92 años

Beatriz García Cossío

“TENEMOS UN PENSAMIENTO LIBRE”

“Hemos llegado”, me dijo Elisa. La sala de estar del centro estaba llena. En el lado derecho de la instancia había un gran alboroto, propio de un amplio grupo de personas mayores, con algunas capacidades mermadas por el paso de los años, que intentaban entenderse mientras jugaban a la baraja. A la izquierda reinaba el silencio; una mesa de madera, robusta y alargada, congregaba a su alrededor a varias personas anónimas, absorbidas por la infinidad de relatos contenidos en las publicaciones diarias de prensa.

“¡Ricardo, han venido a verle!” Pensé que la lectura le mantenía absorto, y por ello no contestaba, pero en realidad había desconectado el audífono que portaba para no ser distraído. Cuando finalmente levantó la cabeza, tras posar cuidadosamente mi mano sobre su espalda, su sonrisa parecía elevarse más que sus ojos.

Este mecánico de máquinas de escribir, sumar y calcular, “profesión con la que hoy en día hubiera pasado mucha hambre”, como muchas veces me dijo, nació en el año 1916 en el Puente de Vallecas, barrio madrileño que le vio crecer y madurar. En la década de los 30, la II República española comenzaba a abrirse paso, de la mano de muchas personas que, como Ricardo, tras haber visto emerger múltiples gobiernos que no parecían cuajar nunca, creían que les “traería la libertad”; de hecho, “el 14 de abril de 1931 España era una fiesta, todo el mundo salió a la calle a celebrar el triunfo electoral, a celebrar la libertad. Muchos no sabían ni siquiera lo que entrañaba ser republicano, sólo pensaban que lo nuevo sería mejor”. A los pocos años aparecieron los desequilibrios, las distintas vías que cada grupo consideraba las mejores para ver al país progresar, diferentes visiones que harían a España sumergirse en una larga y cruenta guerra entre los años 1936 y 1939.

Ricardo perteneció al bando republicano, a ese grupo que desde Madrid intentó resistir la entrada de las tropas nacionales en la capital. “Defendí la república porque como muchos creí que me daría la libertad... fuimos finalmente los vencidos, y como vencidos tuvimos que cumplir la pena”. Cuando acabó la guerra, Ricardo fue condenado a doce años y un día por auxilio a la rebelión, y fue llevado a la calle Porlier, donde un antiguo colegio se había habilitado como prisión. “Creí que me iban a matar. Durante la guerra ya viví un episodio muy duro, en el que estuvieron a punto de darme ‘el paseillo’, lo que significaba morir de un balazo en la cabeza en un lugar recóndito, así que ya estaba preparado, al menos todo lo preparado que se puede estar en estas situaciones”.

Tras cumplir dos años de condena, Ricardo fue destinado a ‘regiones devastadas’, un grupo de trabajadores formado a partir de presos, cuya misión era la de reconstruir los lugares que más habían sufrido los azotes de la guerra. “Así llegué a Brunete, una población al oeste de Madrid donde el combate había sido intenso. Construimos edificios, limpiamos los campos de armamento, acotamos las zonas donde aún había bombas sin estallar... en lugares como aquél es donde ves realmente los efectos de la guerra, y es muy duro. Y para colmo no sólo eso, sino que tienes que convivir, y hacerlo con todas las situaciones; por ejemplo, unos andaluces se quejaron de pasar hambre, y nuestro superior, un individuo de muy malas pulgas, que se parecía a Drácula, -decía entre sonrisas- nos puso en fila de a uno para asesinar a los impares como castigo a la indisciplina... al final el malentendido se resolvió y continuamos con nuestro trabajo. Pasamos muchísimo miedo como te puedes imaginar”.

La reducción de condena y el trabajo en Brunete provocaron que Ricardo saliera de prisión a los cuatro años. “Las cosas habían cambiado. Mi mujer había sido llevada a Buenos Aires, Argentina, y lo único que supe de ella en todo ese tiempo fue una carta que me escribió a su partida; un tiempo después me dijeron que había

Recordar, compartir, aprender

fallecido allí. Tenía que volver a empezar mi vida, y sólo contaba con mi oficio”. Trabajó como mecánico en Madrid, hasta que un día un hombre le ofreció ejercer por un tiempo en Cantabria.

“En Santander trabajé reparando máquinas, y al tiempo me enamoré, así que me quedé”. Pero los años de ahora no son los de entonces, y los problemas de la ideología volvieron a acecharle. Cayó preso de nuevo en la cárcel de la ciudad, condenado por colaborar con el Socorro Rojo Internacional, una agrupación que recogía dinero para prestar ayuda a las familias republicanas que lo necesitaran. Pasó días encerrado, un tiempo que se hizo muy largo porque “desconocía lo que iban a hacer conmigo y por cuánto tiempo se alargaría tal angustia. A los diez días salí, pero todo había dado otro tumbó: en Santander los republicanos no estaban bien vistos, por lo que perdí gran parte de mi clientela particular, y desde el ayuntamiento, a donde iba a reparar las máquinas de escribir y calcular, me enviaron una carta, donde decían que no pensara en volver, porque mis ideas no iban con ellos”.

Con el tiempo, Ricardo consiguió hacerse con un local en el que volver a empezar de nuevo, ejerciendo su oficio, y donde, poco a poco, a la vez que el régimen se iba volviendo menos rígido, y la intransigencia dejaba de tener lugar, fue obteniendo cada vez más clientela. “Lo cierto es que tuve suerte, siempre la he tenido, y por ello no me puedo quejar. Viví unos tiempos muy duros, pero siempre tuve la oportunidad, las ganas y el apoyo de mi mujer para seguir caminando hacia delante, camino que me ha traído hasta estar sentado hoy aquí, contigo”.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

“Y tú que lo digas chiquilla, y tú que lo digas... casi 93 años... ¡Y los que me quedan! -volvía a reír-. Lo más bonito de la vida es la vida en sí”, afirmaba con contundencia y seriedad. “Mi vida ha sido, y es, una aventura, en la que ha habido muchos episodios que recordar, y también muchos que olvidar, aunque realmente sea más fácil hacerlo con los primeros.”

“En el fondo, no somos nadie; no dejamos huella; no podemos olvidar que el sol no se mueve, que somos nosotros los que lo hacemos a su alrededor, y ni siquiera lo dominamos; no podemos creernos el centro. No estamos más que de paso. Sólo tenemos la vida... la vida...”. Se detiene un momento, y tras mirar por la ventana, espera a que mis ojos se apoyen en su fija mirada y continúa: “Tenemos la vida, cada uno la nuestra, elimina la palabra sólo de la frase, y hazla grande, haz grande a la vida porque es lo más grande que tenemos. Nos da los sentimientos, nos da la capacidad, nos da la inteligencia y nos da la libertad, de acción y de pensamiento. Lo que más merece la pena de la vida es la propia vida, y de ella he aprendido a vivirla a mi manera, porque es así como es mi vida”.